

Dr. Gary Yates, Jeremías, Conferencia 16, Jeremías 11-20, Confesiones, Parte 3, El patetismo del pueblo de Dios y Jeremías

© 2024 Gary Yates y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Gary Yates enseñando el libro de Jeremías. Esta es la sesión 16, Jeremías 11-20, Las Confesiones de Jeremías, Parte 3, El Pathos del Pueblo de Dios y Jeremías.

En esta sesión, daremos un vistazo final a las confesiones de Jeremías que se encuentran dispersas y diseminadas a lo largo de los capítulos 11 al 20 de Jeremías.

En la primera sección donde analizamos las confesiones, las vimos y cómo se ubican dentro de la tradición de oración y adoración del Antiguo Testamento. Las oraciones de Jeremías representan los mismos tipos de oraciones justas que vemos presentar a otras personas en el Antiguo Testamento. En nuestra última sesión, hablamos de cómo las confesiones de Jeremías no son sólo los gritos de un profeta sino que, en cierto sentido, son una expresión de revelación sobre el carácter de Dios mientras Dios está respondiendo a la destrucción de su pueblo y al juicio que está lanzando trayendo sobre ellos.

Las confesiones reflejan tanto la ira de Dios como su dolor. Vimos cómo esas dos emociones se mezclan. Jeremías, en cierto sentido, se ha convertido en palabra de Dios, no sólo por las cosas que dice cuando proclama, así dice el Señor.

Jeremías se ha convertido en palabra de Dios por su propia vida y su misma persona. Andrew Sheed habla de esto en su libro, *A Mouthful of Fire*, uno de mis libros favoritos sobre la teología del libro de Jeremías. En la página 138 de ese libro, Sheed hace esta declaración: En la vida de Jeremías, la palabra de Dios, su mensaje se hace concreto e inmediato para quienes lo oyen y lo ven.

Y en la medida en que Dios se transmite a sí mismo, su carácter, su voluntad, sus pensamientos más íntimos, por su palabra, podríamos decir que en la vida de su profeta, Dios se hace presente a su pueblo. Es la palabra de Dios, no la de Jeremías, lo que escuchamos cuando Jeremías habla. Y es la palabra de Dios, no la de Jeremías, la que vemos cuando Jeremías actúa.

La vida misma de Jeremías es un gran acto de autocomunicación divina. Entonces, en cierto sentido, Jeremías, como expresión de la palabra de Dios, prefigura a Jesús como la palabra de Dios encarnada, quien, de manera plena, exegeta y explica quién es Dios. Unas páginas más tarde, en la página 141, Sheed también dice esto: Si

Jeremías simplemente se enfrentara al pueblo y se dirigiera a ellos desde el consejo divino como emisario de Dios, su mensaje podría entenderse perfectamente.

Sin embargo, resulta que esto no puede hacer justicia a la palabra de Dios en su particularidad. Esto se debe a que Dios no deja de amar a su pueblo para poder juzgarlo, sino que sufre con su sufrimiento a través del sufrimiento de Jeremías. Lo vimos en la última lección.

A pesar de la relegación de Jeremías y Judá al estatus de una de las naciones, Dios nunca deja de dirigirse a ella como esposa e hija. Al negarse a retener su amor, también se permite que suceda lo contrario. Vemos a Jeremías sufriendo con el propio sufrimiento de Dios ante su rechazo por parte del pueblo que ama.

Y así, Jeremías está en sus confesiones y realmente en su ministerio profético en su conjunto, representando a Dios ante el pueblo. Pero quiero recordarnos que Jeremías también representa al pueblo ante Dios. Y Jeremías también se representa a sí mismo como un individuo que es parte de ese pueblo ante Dios.

Y tenemos que entender los lamentos y confesiones de Jeremías a la luz de eso. Las dificultades que está viviendo Jeremías como profeta, y luego el sufrimiento y la angustia del pueblo, el profeta está tratando de expresárselo a Dios para que Dios pueda entender lo que siente su pueblo. Vi una caricatura sobre la oración en la iglesia, y una mujer se levanta para orar en el servicio religioso y dice esto: Señor, te presento todas las preocupaciones de oración que otros han expresado esta mañana, aunque la mayoría de ellos me suenan a lloriqueos.

Y nuestra reacción al mirar las oraciones de Jeremías podría ser, suena como un gemido, Jeremías crece. ¿O qué pasa con Jeremías siendo el profeta llorón? ¿Es sólo un tipo sensible que necesita superar esto? Jeremías expresa el profundo dolor y la ira de Dios en sus confesiones, pero también expresa su propio dolor profundo y el dolor profundo del pueblo que sufre las experiencias del exilio. Jeremías es un mediador entre Dios y el pueblo.

En una dirección en ese papel mediador, Jeremías está ayudando al pueblo a ver la ira y el dolor de Dios. Desde otra dirección, como mediador, Jeremías está tratando de ayudar a Dios a ver el dolor y el sufrimiento del pueblo. Jeremías está entre Dios e Israel.

Como dijimos, creo que hace un par de sesiones, ese es un lugar peligroso para estar. Si alguna vez ha estado en una situación difícil de consejería en la que hay una relación o un matrimonio muy fragmentado y está tratando de mediar, ese es un lugar peligroso en el que estar. Cualquier cosa que usted diga para intentar ayudar al marido puede ofender a la esposa.

Cualquier cosa que intente decir para ayudar a la esposa puede ofender al marido. Y todos quieren que estés de su lado. Jeremías, en cierto sentido, está casi en la sala de consejería con Dios e Israel.

Él está parado entre ellos. Por eso, debemos simpatizar con Jeremías y las luchas por las que está pasando. Entonces, pensemos en las confesiones mientras Jeremías expresa su propio corazón, su propio dolor y su propio dolor hacia Dios en un recordatorio de que en el ministerio, el ministerio no es una carrera, el ministerio es un llamado.

Y el ministerio a menudo puede implicar algunas cosas muy difíciles. Tenemos esa incluso en Jeremías capítulo uno, donde el Señor dice: Yo os llamé desde el vientre, Jeremías 1:5. Y luego tenemos el cierre o el final de esa incluso en el capítulo 20, verso 18, Señor, ojalá nunca hubiera nacido y nunca hubiera salido del vientre de mi madre. Quizás eso sea algo que debamos leerle a la gente al final de la graduación del seminario.

Recuerda esto. El lema de algunos de nuestros seminarios puede, debería ser, que en algún momento estemos capacitando a personas que desearán no haber nacido nunca. Pero el ministerio a veces puede volverse muy tóxico.

La dificultad y algo de lo que debemos ser conscientes en nuestra propia vida espiritual es que a medida que intentamos ayudar a las personas en su relación con Dios, vamos a ver cosas, experimentar cosas y pasar por cosas en nuestras vidas. eso, en ocasiones, fragmentará nuestra propia relación con el Señor. Y vamos a tener que trabajar duro para mantenerlo. El ministerio puede ser algo tóxico.

Y así, esta es una experiencia común de los profetas y mensajeros de Dios en el Antiguo Testamento. Quiero hablar de un excelente ejemplo de esto. Creo que Moisés representa esto.

En Números capítulo 11, Moisés expresa algo que puedo imaginar que si yo fuera el líder del pueblo de Israel, este podría haber sido mi pensamiento al menos en un momento u otro mientras guiaba al pueblo por el desierto. Moisés dice que Moisés escuchó al pueblo llorar a través de sus clanes, cada uno a la puerta de su tienda, y la ira del Señor ardió ardientemente. Y Moisés se disgustó porque se quejaban y se quejaban de no tener comida ni provisiones.

Y Moisés le dice esto al Señor: ¿Por qué has tratado mal a tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia ante tus ojos para que pongas sobre mí la carga de todo este pueblo? ¿Concebí yo a todas estas personas? ¿Los di a luz para que les dijeras: Llévalos en tu seno como una nodriza lleva a su niño de pecho a la tierra que juraste dar a sus padres? Señor, ¿yo di a luz a todas estas personas de las que ahora soy responsable? Y lo que había sucedido es que Moisés, en su papel de libertador del

pueblo, había puesto en peligro, en cierto sentido, su propia relación con Dios. Y hay una fractura en el frente. Señor, ¿por qué me pusiste esto? Y recuerdo que a medida que avanzamos en la historia de Moisés vamos al capítulo 20, y recuerdo nuevamente, es otra de esas situaciones en las que la gente no se queja de tener agua o se queja de no tener agua.

Dios le dice a Moisés que le hable a la roca. Moisés golpea la roca y Dios dice, ya sabes, porque hiciste esto, no se te permitirá entrar a la tierra prometida. He leído esa historia muchas veces.

Y en cierto sentido, es uno de esos momentos en los que me gustaría discutir con Dios y decirle, mira, ¿puedo representar a Moisés? Moisés recibió un trato injusto aquí. Moisés tuvo que aguantar a gente que se quejaba, se quejaba, gemía y se quejaba durante 40 años, y chocó contra una roca, ¿y no lo van a dejar ir a la tierra prometida? Bueno, en cierto sentido, Moisés había mostrado incorrectamente al pueblo cómo era Dios en su propia ira. Y Moisés, tal vez, en algún sentido, le había quitado la gloria a Dios al golpear la roca en lugar de hablarle, indicando que él era quien había sacado el agua.

Pero Moisés, en cierto sentido, recibió un trato injusto. Y nos recuerda las dificultades y la toxicidad del ministerio a veces. En Deuteronomio capítulo 3, versículo 26, Moisés le habla al pueblo, y le dice: Jehová se enojó conmigo por causa de ustedes, y por eso no voy a poder entrar a la tierra prometida.

Bien, ahora dices, bueno, Moisés simplemente está culpando al pueblo. En cierto sentido, lo que dice Moisés es correcto. Y entonces, creo que Jeremías en sus confesiones mientras derrama su corazón ante Dios, está diciendo el mismo tipo de cosas que dijo Moisés.

Señor, ¿di a luz a todas estas personas? Jeremías y Ezequiel están ahí al final de la historia de Israel. Señor, ¿por qué nos nombraste atalayas? ¿Por qué tenemos que pararnos en las murallas de la ciudad? Hemos tratado de decírselo a la gente y no nos escuchan. Dios le había dicho a Jeremías, no debes casarte ni tener hijos.

¿Por qué? Entonces puedo transmitir un mensaje a personas que de todos modos no te van a escuchar. Ezequiel, vas a perder a tu esposa y eso será una señal para la gente del dolor que van a experimentar y estarán demasiado ocupados ni siquiera para llorar eso. Voy a enviar ese mensaje a la gente.

De todos modos no te van a escuchar, pero te voy a quitar a tu esposa. Y mientras piensan en esas dificultades y mientras Jeremías lidia con esas dificultades, esa es parte de la razón por la que clama a Dios en estas confesiones. Señor, has sido para mí como un arroyo engañoso.

Señor, me has engañado y dominado, y no tuve elección al respecto. Tuve que predicar tu palabra. Cuando pienso en las dificultades y en las personas que luchan con Dios en el ministerio mientras intentan ayudar a llevar a otros a Dios, también recuerdo al profeta Elías.

Después de la gran victoria en el Monte Carmelo y la derrota de los profetas de Baal y el fuego que desciende del cielo y consume el sacrificio en el altar, Jezabel, en el capítulo 19, quiere matar a Elías por haber matado a sus profetas, los profetas de Baal. Y dice que por temor por su vida, Elías corrió y huyó y recorrió la tierra a lo largo y llegó a un lugar donde dijo a Dios: Señor, ya tuve suficiente. Toma mi vida.

Estoy listo para morir. Bueno, alguien ha dicho que si eso era realmente lo que Elías quería, podría haberse quedado allí y permitir que Jezabel hiciera la obra de Dios por él. Pero es un recordatorio para nosotros de las luchas del ministerio, las realidades del ministerio.

Jeremías está pasando por eso, así como lo arrojan a cisternas, lo meten en prisión, lo acusan de traidor, lo llaman mentiroso, lo secuestran y se lo llevan, ya que hay personas que dicen que Jeremías necesita morir. Como falso profeta por las cosas que decía acerca de la casa de Dios. Mientras vive los días del exilio, Jeremías expresa el dolor de Moisés o el dolor de Elías. Así es el ministerio.

Y desarrollamos en el capítulo uno, en el momento del llamado de Jeremías, que en cierto sentido, él es un segundo Moisés. Recuerda en el capítulo uno, Señor, no sé hablar. No soy más que un niño.

No te preocupes. No te preocupes, Jeremías. Pondré mis palabras dentro de ti.

Moisés dice: Señor, no sé hablar. No sé qué decir. No soy superdotado.

No soy elocuente. El Señor dice, no os preocupéis por Moisés. Daré mi palabra.

Jeremías es un segundo Moisés. En la historia de Jeremías, él definitivamente es un segundo Moisés. De la misma manera que a Moisés se le prohibió entrar a la tierra prometida y vivió principalmente con la generación que experimentaría el juicio de Dios, esos 40 años en el desierto, Jeremías va a terminar, su vida se va a gastar en sus últimos días fuera de la tierra, allá en Egipto, en el lugar de donde Dios había librado al pueblo en los días de Moisés.

Así como Moisés sería parte de una generación en la que todos, excepto dos individuos seleccionados, morirían y no se les permitiría entrar a la tierra prometida, Jeremías dice que pasarán 70 años antes de que termine el exilio y se pueda regresar del exilio. Lo será después de que esté muerto y desaparecido. Él es un segundo Moisés. Y eso está detrás de estas oraciones mientras Jeremías lucha con Dios.

Lo que me gustaría hacer es analizar estas oraciones, dónde se encuentran en su contexto en Jeremías y cómo reflejan las dificultades que Jeremías está teniendo con Dios y con sus circunstancias. La primera oración, capítulo 11, versículo 18. El Señor me lo hizo saber y he sabido que me mostraste sus obras, pero yo era como un cordero manso llevado al matadero.

No sabía que estaba en mi contra. Ellos idearon planes diciendo: destruyamos el árbol con su fruto. Eliminémoslo de la tierra de los vivientes, para que nunca más se recuerde su nombre.

Señor, no sabía en lo que me estaba metiendo. No sabía que la gente iba a querer matarme. Entonces, le dice al Señor en el versículo 20, pero oh Señor de los ejércitos que juzgas con justicia, que pruebas el corazón y la mente, déjame ver tu venganza sobre ellos porque a ti te he encomendado mi causa.

Señor, creo que eres justo. No sabía que iba a pasar por todo esto. Entonces ora para que Dios juzgue al pueblo.

Dios le va a responder en su confesión en el versículo 21, capítulo 11. Aquí está la respuesta de Dios a la oración de Jeremías. Él no dice, bueno, Jeremías, ya sabes, necesitas amar a tus enemigos y perdonarlos y, ya sabes, practicar un poco más de amor cristiano aquí.

El Señor le dice esto a Jeremías, por eso, así dice el Señor acerca de los hombres de Anatot que buscan tu vida y que dicen: no profetices en el nombre del Señor o morirás a manos nuestras. Algunas de las personas que perseguían a Jeremías eran miembros de su propia familia en la pequeña aldea de Anatot. Dicen que a nosotros tampoco nos gusta su mensaje.

Por tanto, así dice el Señor: He aquí, yo los castigaré. Los jóvenes morirán a espada. Sus hijos y sus hijas morirán de hambre, y ninguno de ellos quedará, porque traeré desastre sobre los hombres de Anatot el año de su castigo.

Entonces aquí tenemos a Jeremías diciendo: Señor, estoy siendo perseguido. Estoy siendo oprimido. Déjame ver tu venganza sobre ellos.

Y resulta que el pueblo sobre el que Dios está anunciando juicio es el mismo pueblo de la propia ciudad natal de Jeremías. Sabes, Jesús dijo que un profeta no tiene honor excepto, o el único lugar donde un profeta no recibe honor en su ciudad natal. Y eso también se aplica a Jeremías.

Y Dios va a lidiar con este problema. Bueno. El Señor le da una respuesta.

Sin embargo, lo siguiente que leemos en el libro, capítulo 12, versículo uno, es el siguiente lamento de Jeremías. No hay nada en el medio. Tenemos la queja de Jeremías.

Tenemos la respuesta de Dios, pero luego, en el capítulo 12, versículo uno, volvamos a Dios, aquí vamos. Justo eres tú, oh Señor, cuando me quejo ante ti, pero defenderé mi caso ante ti. ¿Por qué prospera el camino de los impíos? ¿Por qué prosperan todos los que son traicioneros? Los plantas y echan raíces.

Crecen y producen frutos. Señor, ¿por qué sufren los justos y prosperan los malvados? Quiero saber. Alguien ha sugerido que, literariamente, el segundo lamento que viene inmediatamente después del primer lamento casi transmite la sensación de que Jeremías ha recibido una respuesta de Dios de que el Señor juzgará al pueblo, pero Jeremías no está contento porque Dios no lo está haciendo lo suficientemente rápido. .

Y por eso quiere que Dios actúe ahora. Mira, sé que dijiste que ibas a lidiar con esto. Hazlo ahora.

¿Hasta cuándo estará de duelo la tierra, oh Señor, y se secará la hierba de todo campo por la maldad de los que en ella habitan? La bestia y los pájaros son arrasados. Miren, miren lo que la maldad de la tierra le está haciendo a la tierra misma. Dios, haz algo al respecto.

Y nuevamente, el Señor responderá inmediatamente las oraciones de Jeremías. Sería bueno si a veces recibiéramos inmediatamente respuestas como esta a nuestras oraciones. Pero nuevamente, Jeremías ora, Dios responde.

Eso es lo que sucede en el capítulo 11. Eso es lo que también sucederá aquí en el capítulo 12. El Señor dice, y aquí está su respuesta, y notamos algo un poco diferente aquí.

Si corriste con hombres de a pie y te cansaron, ¿cómo competirás con los caballos? Y si en tierra segura estás tan confiado, ¿qué harás en la espesura del Jordán? Porque incluso nuestros hermanos en la casa de tu padre, aunque han permanecido contigo en traición, están en pleno clamor detrás de ti. No les creas. El Señor ahora, en lugar de simplemente decir, mira, Jeremías, entiende que voy a lidiar con este problema.

Voy a vengarte y voy a cuidar de la gente. El Señor le va a responder a Jeremías esta vez: Jeremías, ¿entiendes lo que estás preguntando? Estás orando para que te ayude a superar esto y consideras que tus circunstancias y tu situación son insoportables. Pero en cierto sentido, en este momento su ministerio ha estado funcionando con hombres a pie.

Estás a punto de participar en una carrera de caballos. ¿Vas a poder soportarlo? Y las dificultades que has experimentado hasta este momento en tu ministerio no son nada comparadas con las que estás a punto de experimentar. Ahora, hay casi una pizca de reprensión en lo que el Señor le está diciendo.

En el primer pasaje, estoy en problemas, los malvados son malos, la respuesta de Dios es, los voy a juzgar. Capítulo 12, versículo 1, inmediatamente el segundo lamento: Dios, no estás actuando lo suficientemente rápido. Espera un momento, Jeremiah, no sabes lo mal que se van a poner las cosas.

Entonces, vamos al tercer lamento, capítulo 15. Y este es nuestro pasaje donde Jeremías va a decir en el versículo 18, nuevamente, el versículo que creo que en todos estos lamentos se destaca para mí, ¿por qué mi dolor es incesante? ? Mi herida incurable, que no quiere ser curada, ¿serás para mí como un arroyo engañoso, como aguas que se agotan? Ahora, hace un par de lecciones vimos que hay un lenguaje acusatorio hacia Dios en 60 Salmos diferentes en el libro de los Salmos. Vimos que las palabras de Jeremías aquí, en cierto sentido, no son muy diferentes de lo que dice Job, donde no maldice a Dios, pero se acerca muchísimo.

Nos preguntamos aquí, ¿qué tan cerca está Jeremías de cruzar la línea? No estoy seguro de poder responder eso, y Dios permite que el profeta exprese la oración, pero el Señor responde a esta declaración con una reprimenda a Jeremías. Esto es lo que dice en el versículo 19: Por tanto, así dice el Señor: Si volvéis, yo os restauraré, y estaréis delante de mí.

Si pronuncias lo que es precioso y no lo que no vale nada, serás como mi boca. Ellos se volverán a ti, pero tú no te volverás a ellos. Hay un par de cosas que quiero notar en ese capítulo o en ese versículo.

Aquí hay una palabra de reprensión. Mira, el profeta puede venir a él. Puede desahogar sus frustraciones.

Puede expresar sus acusaciones. Puede quejarse. Él puede discutir.

Pero en este punto, Dios interviene y hay una palabra de reprensión. La palabra de reprensión que se encuentra allí es la palabra shub , y es prominente. Y recuerde, esa es la palabra que Jeremías le ha estado diciendo al pueblo a lo largo de todo el libro.

Necesitas callarte . Necesitas regresar. Necesitas arrepentirte.

Necesitas volver a Dios. Bueno, lo que sucede aquí es que en esta situación particular, Dios le dice al profeta, tú eres el que necesita callarse . Y si devuelves shub , entonces restauraré la forma causante de shub .

Yo te restauraré. Y si regresas y miras, Jeremiah, está bien. Si quieres venir a mí y expresar este sentimiento de que he sido un arroyo engañoso, está bien.

Yo puedo manejar eso. Pero si te quedas en este lugar en tu vida espiritual, si te quedas en este lugar en tu perspectiva de mi llamado que te he puesto, entonces no podrás servir como mi mensajero. Si quieres presentarte ante mí como profeta, tienes que callarte , regresar y darte cuenta de lo que te he llamado a hacer.

Y luego la palabra shuv se usa nuevamente al final de este verso. Recuerde el papel de Jeremías. Él está entre el pueblo y Dios.

Él está representando a Dios ante el pueblo. Él está representando al pueblo ante Dios. Pero como profeta, siempre, si se llega a eso, siempre se pone del lado de Dios y no del pueblo.

Y por eso, le dice el Señor, no volverán a ti. O lo siento, ellos recurrirán a ti, pero tú no recurrirás a ellos. Mire, en esta actividad mediadora que está haciendo, no puede simplemente ponerse del lado de la gente y acusarme de ser un arroyo vacío.

En última instancia, tendrás que continuar haciendo tu ministerio para que ellos recurran a ti. Y finalmente te haré fuerte. Te haré como el muro de bronce y como el muro fortificado de bronce.

Ellos lucharán contra ti, pero yo prevaleceré. El Señor va a hacer las cosas que prometió hacer por Jeremías en el capítulo uno. Pero lo que quiero que entendamos es que los lamentos y las confesiones son una expresión de alguna manera incluso de la relación rota entre Dios y el profeta o una relación que está a punto de romperse debido a todo este desorden o agitación del pacto que está ocurriendo. en la vida y los tiempos de Jeremías.

Esto es algo serio. Entonces, capítulo 15, verso 20, el Señor le promete: Yo te haré a este pueblo por muro fortificado de bronce. Pelearán contra ti, pero no prevalecerán sobre ti, porque yo estoy contigo para salvarte y librarte, declara el Señor.

Hay una promesa. En el primer lamento, capítulo 11, versos 18 al 23, hay una promesa rápida e inmediata. El Señor se ocupará de los hombres de Anatot que buscan tu vida.

El Señor sabe lo que está pasando. En el capítulo 12, Jeremías regresa directamente a Dios. Esta vez, Jeremiah, has corrido con hombres.

Estás a punto de correr con caballos. Va a empeorar. Jeremías capítulo 15, otra respuesta de Dios que es a la vez reprensión y promesa.

Jeremiah, tienes que volver a mí. Y recuerda, he hecho algunas promesas. Voy a entregarte.

El versículo 21, cerrando este lamento, os libraré de mano de los impíos, y os redimiré de las garras de los crueles. Mira, sé por lo que estás pasando. Cuando llegemos a las oraciones que están en el capítulo 18 y en el capítulo 20, o en el capítulo 17, capítulo 18 y capítulo 20, quiero que noten que falta algo.

En primer lugar, el capítulo 17, versos 14 al 18, dice esto: sáname, oh Señor, y seré sano. Sálvame y seré salvo. Jeremías, en estas confesiones, no ha abandonado su fe.

Él no está orando por estas cosas negativas porque le ha dado la espalda. Le pide a Dios que actúe de acuerdo con su pacto, y le pide porque cree, no porque no cree. He aquí me dicen: ¿dónde está la palabra del Señor? Déjalo venir.

Son desafiantes. Si estás diciendo que Dios va a traer juicio, deja que suceda. Déjalo caer.

No he huido de ser tu pastor, ni he deseado el día de la enfermedad. Sabes lo que salió de mis labios. Estaba ante tu cara.

No seas un terror para mí. Tú eres mi refugio en el día del desastre. Sean avergonzados los que me persiguen, pero yo no sea avergonzado.

Que ellos se desanimen, pero yo no desmaye. Trae sobre ellos el día del desastre. Destruyelos con doble destrucción.

Él está orando por el juicio del pueblo, pero lo que quiero que notemos es lo que está diciendo acerca de Dios. En una parte de esta oración, sáname, sálvame, líbrame. Eres mi alabanza.

En otra parte de la oración, Señor, eres un terror para mí por todas las cosas que estoy viviendo en este llamado donde represento a Dios ante el pueblo y represento al pueblo ante Dios. Bueno, aquí está lo interesante de la confesión del capítulo 17 que la hace diferente de las tres anteriores. Llegamos al versículo 18, trae sobre ellos el día del desastre, destrúyelos con doble destrucción.

No hay respuesta de Dios. Lo siguiente que leemos es, así dice el Señor, ve y ponte a la puerta del pueblo. Oye, es hora de predicar otro sermón.

No hay una respuesta directa a la oración de Jeremías. Capítulo 18, verso 19 al 23, déjame leer este lamento. Escúchame, oh Señor, y escucha la voz de mis adversarios.

¿Se pagará el bien con el mal? Sin embargo, han cavado un hoyo para mi vida. Lo mismo que hemos visto antes. Mira lo que esta gente ha hecho por mí.

Acordaos de cómo estuve delante de vosotros para hablar bien de ellos, para apartarlos de vuestra ira. Dios, hice lo que me pediste que hiciera. Vine a empujarlos, a ayudarlos a alejarse de su ira y a volverse a ellos o a Dios.

Por eso, entregan a sus hijos al hambre, los entregan al poder de la espada, dejan que sus mujeres queden sin hijos y viudas, todas estas cosas terribles que les van a sobrevenir. Versículo 23: sin embargo, tú, oh Señor, conoces todas sus conspiraciones contra mí. No perdonéis su iniquidad.

No arruines tu pecado. Que sean derribados delante de ti. Ocúpate de ellos en el momento de tu ira.

¿Qué crees que Dios va a decir a eso? Al igual que en el capítulo 17, no hay una respuesta directa a la oración de Jeremías. Capítulo 19, verso 1, así dice el Señor, ve a comprar una vasija de alfarero. Tengo otro sermón para que prediques.

No hay respuesta a la oración de Jeremías. Capítulo 20, versos 7 al 8, Oh Señor, me engañaste, y fui engañado. Eres más fuerte que yo y has prevalecido.

Me he convertido en el hazmerreír todo el día. Todos se burlan de mí. Se trata del llamado.

Ésa es la fuente de su sufrimiento. No está sufriendo porque desobedeció a Dios. Está sufriendo porque obedeció a Dios directamente.

Y Jeremías quiere dejar de predicar, y parece que va a terminar su ministerio. Pero llega a un lugar en el versículo 11, que sucede muchas veces en los Salmos, en medio del lamento, expresa su seguridad y su confianza en el Señor. Y dice en el versículo 11, pero el Señor está conmigo como un guerrero temible. Por tanto, mis perseguidores tropezarán.

No me vencerán. Se sentirán muy avergonzados porque no tendrán éxito. Su eterna deshonra nunca será olvidada.

Oh Señor de los ejércitos que pruebas a los justos, que ves el corazón y la mente, déjame ver sobre ellos tu venganza. Porque a ti he encomendado mi causa. Y aquí está seguro de que Dios lo va a ayudar.

Señor, tú eres el guerrero que sale delante de mí. Peleas mis batallas. Y si vas al ministerio, sabiendo que Dios saldrá contigo como un guerrero temible para pelear tus batallas, es bueno saberlo.

Recordando que el Señor de los ejércitos es el Señor de los ejércitos, que hace lo que es justo y recto y prueba los corazones y las mentes. Es bueno saberlo. Y Jeremías, finalmente, hay esta palabra de alabanza donde es como si no hubiéramos visto mucho de esto.

Y Jeremías dice: cantad al Señor, alabad al Señor, porque ha librado la vida del necesitado de mano de los malhechores. Y pensamos, genial. La relación entre Dios y el profeta finalmente ha sido sanada.

Tenemos esta gran palabra de alabanza que es el final de las confesiones. Sin embargo, escuche el versículo 14. Maldito el día en que nací y el día que mi madre me dio a luz; que no sea bendito.

Muy bien, canten al Señor, alabad al Señor. Versículo 13, verso 14, maldice el día en que nací. Vaya, volvemos a lamentarnos.

Las últimas palabras que reza Jeremías en sus confesiones. ¿Por qué salí del útero? Ver el trabajo y el dolor y pasar todos mis días avergonzados. ¿Y cuál es la reacción de Dios? ¿Cuál es la respuesta de Dios? Nuevamente, no hay respuesta a Dios ni respuesta de Dios en el capítulo 20.

Lo siguiente que leemos, capítulo 21, verso 1, esta es la palabra que vino a Jeremías de parte del Señor. Es hora de ir a predicar otro sermón. En tres de los últimos cinco lamentos, o en los últimos tres de los cinco lamentos, no hay respuesta de Dios, no hay respuesta de Dios.

¿Alguna vez has hecho una oración y no has obtenido una respuesta o no has recibido una respuesta de Dios? Todos tenemos. Señor, ¿por qué estás en silencio? Hay momentos en los que todos sentimos que mis oraciones no han superado el techo. Señor, ¿dónde estás? ¿Dónde estabas? Jeremías está pasando por esas cosas.

Jeremías se pregunta, a veces, si hice el llamado o la elección vocacional correcta escuchando a Dios cuando me llamó. En cierto modo, creo que Dios era como un arroyo engañoso, y me abrumó y no tuve otra opción, pero desearía haber podido hacer otra cosa. Ha habido una relación fragmentada, no sólo entre Dios y el pueblo, sino que la relación entre Dios y Jeremías también está fragmentada en los bordes. Y esta oración en la que Jeremías está orando para que Dios lo salve, ¿Dios va a responder esa oración? Absolutamente.

En el capítulo 39 y en el capítulo 40, cuando la ciudad de Jerusalén es capturada y cuando Jerusalén es destruida, Jeremías ha estado en prisión y los babilonios entran al pueblo y son ellos los que lo liberan de la prisión. Entonces, Jeremías está orando por liberación en el capítulo 11, capítulo 12, capítulo 14, capítulo 15, capítulo 17,

capítulo 18, capítulo 20. Sin embargo, no hay una respuesta directa a esa oración hasta el capítulo 39.

Y hay muchas cosas entre el capítulo 20 y el capítulo 39. Habrá prisión, habrá acusaciones, habrá ser arrojado al calabozo, habrá la realidad del exilio, habrá la horrores de un asedio enemigo, habrá falsos profetas que llamarán mentiroso a Jeremías, habrá gente que se parará en el templo y dirá que debe ser ejecutado, habrá un rey llamado Joacim que quiere matarlo y corta su pergamino, todas esas cosas. Señor, sálvame y líbrame.

¿Pasará? Sí. ¿Pero sucederá de inmediato? No. En todo esto, las dificultades, la lucha del ministerio, hay una buena teología pastoral práctica que debemos resolver mientras hacemos esto.

Jeremías, en sus confesiones, está hablando de Dios al pueblo, pero también está hablando de sí mismo como individuo a Dios. Y finalmente, la última parte de esto, mientras miramos las confesiones, él se representa a sí mismo ante Dios y toda la injusticia, pero recuerde que Jeremías también representa al pueblo en su conjunto. No hay duda de que está del lado de Dios; él es el mensajero de Dios, pero Jeremías es un ser humano.

Jeremías es uno del pueblo. Jeremías, como ser humano, va a vivir las condiciones del asedio y el exilio. Ser una persona justa no le exime de eso.

Y entonces, a veces, como parte de este grupo de personas, esta nación que está experimentando la ira y el juicio de Dios, Jeremías va a clamar a Dios y decir: Señor, he hecho mi trabajo de decirle a la gente lo que sientes acerca de este. Permítanme hacer mi trabajo de decirles también lo que está pasando la gente como resultado de esto. Y a veces pensamos en el pueblo de Judá en este momento y pensamos, ya sabes, que merecían lo que recibieron.

Adoraron ídolos, sacrificaron a sus hijos, erigieron Tófet , siguieron a los Baales, hicieron todas estas cosas, fueron duros de corazón, no escucharon al Señor. Dice en lugares que ni siquiera supieron sonrojarse cuando fueron confrontados con su pecado. Obtuvieron lo que merecían.

Pero otra parte de esto es que vemos la historia de una de las tragedias más gráficas de toda la Biblia. La destrucción de una nación de personas. Y aunque no se arrepientan, y aunque no se lamenten por su pecado, llegarán a un lugar donde se lamentarán por su sufrimiento.

Y hemos visto el duelo, hemos visto el llanto del profeta por Dios. Permítanme hablar un poco sobre el llanto de la gente a lo largo del libro. Jeremías, recuerde, está

representando la invasión de la tierra en los capítulos 4 al 6. Y en el capítulo 4, versículo 21, aquí está el llanto en la mañana.

Esto es lo que Judá experimentará mientras atraviesa este exilio. Jeremías dice: Entonces, pensad en Jerusalén de esta manera. Son hijas virginales de Dios, y están a punto de dar a luz un niño, y los dolores del parto se apoderan de la ciudad de Jerusalén.

Deberíamos sentir compasión por ellos. Sí, son pecadores. Son rebeldes. Han roto el pacto, pero están pasando por una terrible tragedia.

Y entonces, el llanto de Jeremías a menudo es por lo que el pueblo mismo está experimentando y pasando. Él está expresando ese dolor a Dios tanto como está expresando el dolor del Señor a Israel. Capítulo 6, versículo 26, Esto va a ser algo terrible.

El capítulo 8, versos 18 al 22, trata más del duelo del pueblo. Jeremías dice: Muy bien, ¿está hablando aquí de la ira de Dios? En el versículo 19, dice, Jeremías dice, Dios nos va a proteger. Podríamos mirar esto y decir: ¿sabes qué? Gracias a Dios, lo que se merecían.

Pensaron que Dios se iba, y presumieron la gracia de Dios, pero Jeremías dice: El pueblo dice en el versículo 20, me ha prendido. Mire, estas personas están afligidas por el hecho de que pensaron que Dios los iba a liberar. Y Jeremías no se ríe de ellos y dice: mira, tienes lo que mereces por tu mala teología o por tu malvado estilo de vida.

Jeremías se lamenta por eso. Muy bien, como pastor recuerdo que cuando hablo con la gente sobre el juicio de Dios, necesito ese mismo corazón y esa misma actitud. Capítulo 9, versículo 17, el grado del duelo de Judá.

El Señor dice al pueblo: Hemos abandonado la tierra y la hemos echado; hemos sido expulsados de nuestras viviendas. Ya sabes, no llegarían a un lugar donde llorarían por su pecado, pero incluso como rebeldes pecadores, llorarían por su exilio. Y Jeremías dice, ¿sabes qué? Como mensajero de Dios, lloro con ellos.

Pide a las mujeres profesionales que estén de luto. Y esta era una costumbre en nuestro, en el antiguo Cercano Oriente, que a veces, en momentos de dolor o lamento, la gente venía, que eran profesionales en esto. Y es tiempo de eso en Judá debido al desastre nacional y la calamidad que están experimentando.

El versículo 21 dice: La muerte entró por nuestras ventanas. Ha entrado en nuestro palacio. Nos está separando de nosotros, de los niños de las calles y de los jóvenes de las plazas.

Los cadáveres de los hombres caerán como estiércol en el campo abierto, como gavillas tras el segador. Nadie los recogerá. Imagínese los cadáveres que se encuentran esparcidos por la tierra.

¿Cuál es la respuesta? Dolor. No simplemente la idea, bueno, eran pecadores. Obtuvieron lo que merecían.

Jeremías está expresando el dolor, la tristeza, el luto, el dolor del pueblo. Y él está presentando eso y poniéndolo frente a Dios para que Dios pueda recordarlo y para que Dios actúe de acuerdo con eso. Ahora bien, aquí hay otro factor que complica todo esto.

Jeremías, mientras ora, no simplemente representa al pueblo en su conjunto, sino que piensa en un grupo específico de personas que están pasando por los horrores del exilio. Hay personas justas en Jerusalén que se verán afectadas por el ejército invasor tanto como los malvados. Ahora, Ezequiel capítulo 9 dice que antes de que venga el juicio, el Señor sale a la ciudad con un ángel, y pone una marca en la cabeza de los que lloran por su pecado y lo conocen.

Y en cierto sentido, hay una especie de protección aquí. Vemos protección dada en el libro de Jeremías a personas como Baruc, Jeremías, Evid, Melec y otros que pasan por el exilio y creen en Dios. Y el Señor dice voy a preservar tu vida.

Pero esa promesa no era necesariamente cierta para todos los justos. Hubo gente justa que murió en las calles de Jerusalén. Hubo hombres justos que murieron en batalla con los babilonios.

Hubo mujeres justas que perdieron a sus hijos e hijas o que quizás fueron tomadas como prisioneras de guerra. ¿Que hay de ellos? En cierto sentido, la oración de Jeremías, mientras ora para que Dios lo libere como una persona justa, son oraciones que se expresan por las personas justas en general. Entonces, creo que la última función y el último papel de los lamentos de Jeremías es que estas oraciones se conviertan en modelos de oración para los propios judíos exiliados mientras oran para que Dios los libere.

La confianza de Jeremías en el Señor de que él los libraría puede ser su confianza. Las oraciones de Jeremías para que el Señor venga a los malvados que lo han maltratado son las oraciones del pueblo en el Salmo 137: Oh hija de Babilonia, condenada a la destrucción, bienaventurados los que toman a tus bebés y los estrellan contra las rocas. Están rezando las oraciones de Jeremías.

El Salmo 74 y el Salmo 79 miran lo que estas personas le han hecho al santuario del Señor y al pueblo del Señor. Dios, ocúpate de ellos. Y las palabras que oró Jeremías

sáname sálvame, sé un refugio para mí, fueron las palabras que los mismos exiliados pudieron orar.

Capítulo 30 del libro de la Consolación, el Señor va a sanar la herida del pueblo de Israel. Entonces, estas no son sólo las oraciones de Jeremías. Cuando el pueblo es enviado al exilio, cuando los justos sufren injusticia ellos mismos, pueden orar estas oraciones a Dios.

Mientras los exiliados comienzan a buscar a Dios con todo su corazón, ¿cómo volvemos nosotros a él? ¿Que decimos? He aquí un modelo: las oraciones del propio Jeremías. Y la liberación de Jeremías, mientras oró en el capítulo 20 y luego pasó por toda la adversidad que condujo a la liberación que llegó en el capítulo 40, es un recordatorio para Israel: puedes pasar por un sufrimiento terrible, pero yo te libraré en el de la misma manera que he entregado a mi profeta. Un último ejemplo de esto es que creo que en muchos sentidos, de las oraciones de Jeremías, vemos un eco de ellas en las oraciones de Lamentaciones.

La tradición judía ha atribuido este libro a Jeremías. Ya sea que Jeremías sea el autor o no, no estoy seguro de que podamos estar realmente seguros de ello. Pero cuando escuchas las oraciones de Lamentaciones, escuchas los ecos de las confesiones de Jeremías. Reconocemos nuestro pecado, pero Señor, mira cuánto hemos sufrido.

Es hora de que esto termine. Jeremías ora: Señor, eres un guerrero temible conmigo. El pueblo dice, grande es tu fidelidad, oh Señor.

Sabemos que nos vas a librar. Las oraciones de Jeremías se convierten en un modelo para los propios exiliados, a quienes se les promete que podrán orar mientras invocan a Dios y oran por la liberación. Al final, experimentarán la liberación de la misma manera que la experimentó Jeremías.

Pasamos algún tiempo durante las últimas tres sesiones en las confesiones de Jeremías, mirándolas como oraciones modelo, mirándolas como una revelación del corazón de Dios al pueblo y mirándolas como reflejos de las luchas de Jeremías en el ministerio. Y finalmente, mirarlos como expresión de lo que el pueblo puede decir a Dios en su dificultad y en su sufrimiento. Estas no son sólo oraciones que reflejan a Jeremías y a Dios.

Son oraciones que representan el papel de Jeremías de interponerse entre Dios, representar a Dios ante Israel y representar a Israel ante Dios.

Este es el Dr. Gary Yates enseñando el libro de Jeremías. Esta es la sesión 16, Jeremías 11-20, Las Confesiones de Jeremías, Parte 3, El Pathos del Pueblo de Dios y Jeremías.